



Las palabras que tardaban

Andre Sánchez



El aula de Educación Inicial brilla con los rayos de sol de la mañana, llena de risas y juguetes coloridos. Los niños comparten bloques y se comunican alegremente alrededor de las mesas de trabajo. En una esquina tranquila, Hugo observa todo con atención pero permanece en silencio, apretando suavemente sus manos.



La maestra reúne a todos en la alfombra para la ronda de conversación matutina. Cada pequeño levanta la mano con entusiasmo para contar sus aventuras del fin de semana. Cuando llega el turno de Hugo, sus labios se mueven ligeramente pero ningún sonido logra salir de su boca.



El tiempo parece detenerse mientras el silencio se prolonga unos segundos en el círculo. Hugo siente una pequeña tormenta de frustración en su pecho porque las palabras que quiere decir parecen estar atrapadas. Sus ojitos reflejan la timidez y el deseo profundo de poder expresarse como sus compañeros.



La maestra, con una mirada cálida y llena de paciencia, se arrodilla a su altura y toma sus manos con suavidad. Le regala una sonrisa reconfortante que disipa los temores en el corazón de Hugo. En este espacio seguro, no hay prisa ni urgencia para hablar.



Los compañeros de clase observan con empatía y respeto, recordando las enseñanzas sobre la paciencia y el cuidado mutuo. Uno de los niños le acerca un peluche favorito para ayudarlo a sentirse más cómodo y tranquilo. El ambiente del aula se transforma en un refugio de apoyo incondicional.



Hugo toma una respiración profunda, cerrando los ojos por un instante para conectar con su propia respiración. La tensión en sus pequeños hombros comienza a disolverse poco a poco. La regulación emocional se convierte en el puente hacia su calma interior.



De repente, con una vocecita suave y temblorosa pero llena de valentía, Hugo logra pronunciar su primera palabra. Señala un dibujo en su cuaderno que representa un camión rojo y brillante. Su rostro se ilumina con una sonrisa tímida pero enormemente orgullosa.



La maestra celebra su logro con un aplauso suave que enseguida es secundado por todo el grupo. Los abrazos y las sonrisas de los demás niños llenan el espacio de una alegría genuina y colectiva. Hugo comprende que su voz es valiosa y que cada proceso tiene su propio tiempo.



Al terminar la jornada, Hugo camina de la mano de su madre hacia la salida del colegio. Con entusiasmo renovado y una confianza que va creciendo, comienza a relatarle todo lo sucedido en el día. Las palabras que antes tardaban ahora fluyen con una nueva y hermosa libertad.



Esta experiencia en el aula deja una huella profunda en la comunidad educativa sobre la importancia de la inclusión y la escucha activa. Cada niño aprende que el desarrollo emocional y comunicativo requiere comprensión, tiempo y mucho amor.